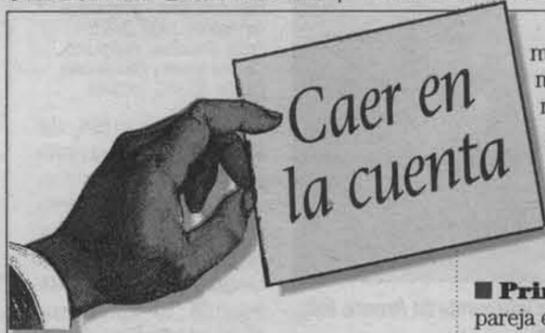




Edita: C.M.M. S.A. Redacción y oficinas: ALBACETE: Teodoro Camino, 19-Entlo. 02002 Albacete. Tifs. 967 21 93 11 y 967 21 93 50. Administración: 967 21 00 00. FAX: 967 21 07 81. ALCANTE: Avda. Óscar Esplá, 4. 03003 Alicante. Tlf. Centralita, 96 592 19 50. FAX Redacción: 96 592 22 48. FAX Administración-Publicidad: 96 592 22 82. CARTAGENA: C/ Puerta de Murcia, 8-2º B. 30201 Cartagena. Tlf. 968 50 44 00. FAX: 968 52 86 16. ELCHE: Maestro Albéniz, 10. Entlo. 03202 Elche. Tifs. 96 545 28 43, 96 545 28 49 y 96 545 24 57. FAX: 96 542 05 48. MURCIA: Camino Viejo de Monteagudo-Edificio 'La Verdad'. 30160 Murcia. TELÉFONOS: Centralita, 968 36 91 00. Publicidad, 968 36 91 07. Distribución-suscriptores, 968 36 91 14. Administración, 968 36 91 16. FAX Redacción, 968 36 91 47. e-mail redacción: lectores@la-verdad.com. Edición electrónica: http://www.la-verdad.com. FAX Publicidad, 968 36 91 11. e-mail publicidad: publicidad@la-verdad.com. Difusión controlada por OJD. Depósito legal: MU-3-1968

TABLÓN DE BREVEDADES / TEXTO, DIBUJOS Y COLLAGES: DE ASENSIO SÁEZ



machadiana, sin duda una de las más desoladas a la vez que hermosas letras del cancionero jondo: «Tu calle ya no es tu calle / que es una calle cualquiera, / camino de cualquier parte».

V

■ **Primer bostezo** de él o de ella. La pareja empieza a tambalearse.

I

■ **¿Cae en la cuenta** el joven del impagable privilegio personal de su juventud o cuando lo advierte ya ha empezado a dejar de ser joven?

II



■ **Tiempo inefable** —¿mejor, peor que el nuestro?— del romanticismo. Si una señorita, hoy «tía» en la jerga juvenil, perdía un guante en la calle, siempre había un caballero que lo encontraba y se lo devolvía cortesmente, así dando paso a un dúo de zarzuela, a una emotiva amistad y hasta a una buena boda. Hoy, el prójimo que se encuentra en la calle un guante, lo más probable es que lo archive en el bolsillo de su anorak, pensando para sus adentros: «Con los fríos que se avecinan, bien podría encontrar el otro guante».

III

■ **Tan poquita cosa** aquel hombre, tan inadvertido siempre, tan sin nadie, que él mismo se vio obligado a llorar su propia muerte.

IV

■ **¿Qué vino a ocurrir** en aquella calle deliciosamente provinciana, aparentemente alegre y acogedora, ámbitos de muchos desengaños, sin embargo; carril de todas las tristezas, por lo visto, así dando paso a la copla



VI

■ **Cuando la pena de muerte** permanecía vigente, ¿sería aceptada de buen grado la salvaguardia de aquellos ángeles en paro precisamente por la desaparición de sus respectivos custodiados, es decir los mortales que ellos habían intentado tutelar con tan fallidos resultados?

VII



El minicuento semanal
EL CONTADOR DE CRÍMENES

■ **Puntero en mano**, cartelón de colorines correspondiente al último asesinato en la otra que libre venía a quedarle tal pájaro volandero, por poblachón y aldea iba y venía el contador de crímenes, en apropiado zurrón al hombro el paquete de los llamados «pliegos de cordel», en los que, descansando en pecadillos de ortografía, tomaba cuerpo la más espeluznante antología de asesinatos.

—Oiga usted, buen hombre. A estas alturas de la vida, a orillas del nuevo milenio, ¿todavía cuenta con lugar disponible el contador de crímenes?

—Pues ya ve, señor. Consecuencias del atractivo emanado de la hoz y la escopeta apuntando certeramente

hacia la víctima. El tirón de la sangre, que se dice.

—Ya.

Ni la radio ni el televisor, ni el ramalazo pseudo-cultural, de algún modo ganado por los pueblos, lograban menos-cabar la evidente atención hacia los romances de siempre: «Rosaura la de Trujillo», «El crimen de Cuenca», «El seductor de su cuñada», «La loba parda» y un largo y sabrosón etcétera, vencido sin embargo por los nuevos romances de los crímenes actuales, uno de los cuales precisamente protagonizaba las viñetas del cartelón perteneciente al protagonista de nuestro cuento: el reciente, caliente todavía, asesinato de dos hermanas, dueñas de una acreditada posada pueblerina, alucinante historia narrada con todo lujo de detalles totalmente escalofriantes. Un horror de horrores como quien dice.

Está claro que pueblos y caseríos, conmovidos por tal crimen, aguardaban impacientes el descubrimiento del asesino, haciendo oportunas pero equívocas cábala: que si el autor era un pordiosero francés, que si un conocido toxicómano, que si un árabe, que si un marroquí... Errores de bulto todas las conjeturas, pues tras un cúmulo de pistas falsas vino a descubrirse al fin al verdadero autor del crimen, noticia que como un reguero de pólvora se extendió por toda la comarca, levantando el vello hasta convertir la humana piel en verdadera carne de gallina, ya que el asesino de las dos hermanas posaderas no era otro que el propio contador de crímenes, según la plausible y nunca bien pagada labor del señor juez que estudiaba el caso y que, perito en la materia, vino a certificar:

—Sólo siendo el propio autor del horrendo asesinato, se puede contar con tan prolijas menudencias el crimen de las dos hermanas posaderas. El mismo asesino se ha delatado.

VIII

■ **Bodegón de Murcia.** Arrope. Noviembre todavía en los almanaques, a tiempo llegamos para, por medio la tradición, probar las dulzuras de tan prestigioso confite. Panal de almibares, ciertamente, el arrope. Por medio, gustos y perfumes del higo, el boniato, el membrillo, el melón,

la calabaza... Nada de azúcar en su oportuna confección, debidamente proporcionado aquél por el nombrado higo. ¿Azúcar escribimos? Conociera Celia Cruz las propiedades confiteras de este plato de tan gloriosas murcianías y no fuera el «¡Azúcaaaaar!» su santo y seña, su emblema o grito de guerra, sino el que sigue: «¡Arropeee!».

IX

■ **El convento de las Claras**, ubicado en no recordamos en este momento qué hermosa población, se destaca por la excelente fabricación de las yemas enconfitadas, doradas y apetitosas donde las hubiere. Puestas al día las sores, fiadas en la infabilidad actual de la publicidad, han elegido pertinente eslogan: «Para yemas, las Claras». ¿Nos ha cazado el lector el chiste?



X

■ **Los últimos días de noviembre**, mes de los difuntos, nos han traído al fin las bajas temperaturas. Alguien se ha preguntado entonces: Bajo sus sábanas de mármol, ¿tienen frío los muertos?



XI

■ **Basta alcanzar**, proyectada en la pared, la sombra correspondiente a determinada persona para catalogarla con título tan desabrido como injusto: «malasombra».

XII

■ **La descarada conversación** establecida entre la cocinera y el repartidor de butano llegó a enrojecer al conjunto de tomates aún verdesos, descansando en el frutero.